

¿QUIÉN DICEN QUE SOY YO? (Mt 16,13-20)

¹³ Llegado Jesús a la región de Cesarea de Filipo, hizo esta pregunta a sus discípulos: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?» ¹⁴ Ellos dijeron: «Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías o uno de los profetas» ¹⁵ Les dijo: «Y ustedes ¿quién dicen que soy yo?» ¹⁶ Simón Pedro contestó: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» ¹⁷ Replicando Jesús le dijo: «Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. ¹⁸ Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. ¹⁹ A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos». ²⁰ Entonces mandó a sus discípulos que no dijese a nadie que él era el Cristo.

Llegamos al corazón del evangelio de este año. Para algunos biblistas, es aquí donde el texto del primer evangelio se divide en dos partes y es aquí donde el Nazareno inicia una nueva etapa durante su ministerio público. Casi todas las Biblias titulan este momento como «la profesión de fe». Y es verdad. Los discípulos, con Pedro a la cabeza, profesaron, aquel día, una fe singular y novedosa frente a la figura del Nazareno. Jesús no es otro hombre más (es mucho más que eso), tampoco es la creación psicológica de algunos seguidores, como se ha dicho en algún momento de la historia moderna. Mejor no hipoticemos. Vayamos al texto y descubramos lo que Mateo nos enseña entre líneas.

Cesare de Filipo

Algunas veces, Mateo se empeña en ubicarnos en el lugar exacto de los hechos y tiene sus motivos. Otras veces, como sucede en las lecturas de los domingos anteriores, evita revelarnos el lugar exacto de los acontecimientos. Por ejemplo, el lugar donde sucedió la Transfiguración, el sitio donde caminó sobre las aguas o el monte donde subió a orar (14,23). En cambio, ahora, Leví subraya el lugar de una manera inequívoca. Jesús y sus discípulos se hallaban en Cesarea de Filipo, o sea, al norte de Israel, territorio de frontera.

El Tetrarca Filipo, hijo de Herodes el Grande, reconstruyó la antigua ciudad llamada Panion, en honor al dios pagano Pan, y la rebautizó como Cesarea, en honor al emperador Cesar Augusto. A este emperador el pueblo romano lo adoraba, lo consideraba un ser divino e hijo de dios. Tanto fue su culto que dedicaron, en su honor, el octavo mes del calendario. «Agosto». En cambio, el Nazareno eligió este lugar para ser reconocido eternamente como el verdadero y único «Hijo del Dios vivo» (16b), del Dios verdadero e inmortal. Así sucedió y así es como aprendieron los aldeanos. Así es como se pasó del paganismo interesado, a la verdadera fe en el Dios vivo. Del culto al hombre en cuanto hombre al culto del Nazareno, en cuanto hombre y en cuanto Hijo de único Dios vivo. Cesarea de Filipo es, entonces, no solo el lugar que se halla al norte de Galilea, sino representa el lugar donde debemos llegar. Si aquel rey temporal y ambicioso, como fueron todos los descendientes de Herodes, hizo méritos para ganarse el favor de los poderosos, el Rey eterno, en cambio, fijó allí el lugar para ser reconocido como hombre y como Señor (16), sin ningún interés efímero más que conceder el perdón de los pecados (19). Solo así se atraviesa las «puertas del Hades» hacia la inmortalidad (18c).

Dos preguntas

Para conocer al Nazareno, el Mesías del Señor, necesitas responder dos preguntas que el mismo Jesús formuló aquella vez a sus discípulos: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?» y «ustedes ¿quién dicen que soy yo?» (13c.15b). Solo Lucas cuenta que estas preguntas las planteó después de estar en oración (9,18). No son preguntas de momento, son preguntas existenciales, vitales para vivir una verdadera relación con Jesús y vitales para una correcta relación con Dios. Tienen la misma intensidad como cuando la enamorada o la esposa pregunta al enamorado o al esposo: «¿Quién soy para ti?».

Importa lo que la gente dice. ¡Y no digas que no! No vengas con esas que no te afecta lo que los otros dicen acerca de ti. Importa y le importó al mismo Jesús. «¿Quién dicen los hombres que...?» (13c). En la antigüedad era una manera de determinar tu identidad. Nosotros, hombres contemporáneos e influenciados con psicología auto-analítica, buscamos una auto-identidad. Sin embargo, tu identidad también depende del otro. Te defines en función del otro, lo enseñó no hace mucho Emmanuel Lévinas. ¿Qué dice la gente de ti? ¿Cuál es la figura de ti mismo que vas desvelando a los otros? ¿Cómo te ven los otros? Al Nazareno le interesaba. Y así es como supo que lo veían como otro Juan el Bautista, como otro Elías, como otro Jeremías e incluso como otro de los tantos profetas. En el fondo, no lo veían mal. Todos son personajes interesantes, aunque lejos de la esencia del Nazareno. Y tú, ¿a quién te vas pareciendo en tu vida? Rosa de Lima se empeñó en parecerse a Catalina de Siena, hasta en su manera de vestir.

La segunda pregunta es menos global y más personal. Personal para el discípulo. Para el discípulo que ya ha caminado bastante junto con el Maestro. Y ahora se encuentra a mitad de camino. Ya lo conoce. Conoce su doctrina, sus parábolas, sus milagros; también lo ha visto transfigurado y caminando sobre las aguas. Como los discípulos de aquel momento: ellos ya saben quién es el Maestro. Igual tú, querido lector. Ya sabes quién es Jesús. Pero no es suficiente. Él quiere cerciorarse. Quiere saber lo que tú piensas acerca de Él. Que la gente piense que es el Bautista, Elías o Jeremías, no le sorprende. Pero que sus discípulos íntimos no lo sepan o lo confundan, eso sí sería muy triste. Vayamos al punto. El más anciano y torpe del grupo, el que siempre arriesga y el que siempre se golpea, dijo aquella vez sin titubeos: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo» (16b). Solo Mateo conserva esta respuesta extensa. Marcos y Lucas mencionan solo su condición como «el Cristo».

El Cristo, el Hijo de Dios vivo

Son dos profesiones de fe en una sola respuesta. El Cristo (en griego), el Mesías (en hebreo), el Ungido (en español) significaba también en aquella época, según la tradición veterotestamentaria, «el Salvador». Durante el exilio, la época del sufrimiento, se profundizó la esperanza en la llegada del Mesías, el Salvador del pueblo de Israel. Otra es la experiencia para el jefe de los Apóstoles. Para Pedro, el carpintero de Nazaret era el Mesías tan esperado. Así lo dijo aquel día. Pero, preguntemos sin correr demasiado, ¿Por qué lo dijo? ¿Por qué dio esa respuesta? Por experiencia propia, seguramente. Hace dos semanas recordábamos aquel momento. El hombre de poca fe estaba hundiéndose desesperado entre las aguas de aquel mar profundo y oscuro, y lo único que pudo hacer fue gritar: «Señor, ¡sálvame que me estoy hundiendo!» (14,30c). Al instante, dice el texto, Jesús «tendió la mano y lo salvó» (31a). El Nazareno fue su salvador en aquel terrible momento de desesperación. Jesús es mi salvador. Luego, por una iluminación que viene del Padre que está en los cielos (17c), Pedro entenderá que también es el salvador de todo el pueblo de Dios. Pero su experiencia inicial fue fundamental. Pedro

tuvo la certeza de que Jesús era su salvador. Nadie le puede quitar esta verdad. Eres el Cristo, el Mesías, el Salvador, no porque me lo ha dicho la tradición o porque se repite de generación en generación, sino porque yo mismo lo he experimentado. ¡Solo así tu profesión de fe es válida! El caso contrario, *flatus vocis*, como decían los medievales.

El «Hijo de Dios vivo», también Pedro lo supo por experiencia y privilegio. No hace mucho reflexionamos en el misterio de la Transfiguración. Apenas Pedro empezó a hablar, extasiado por lo que veía alrededor suyo, como lo haría cualquiera de nosotros, el Padre lo interrumpió diciendo: «Este es mi Hijo amado, escúchenle» (17,5c). Parece que Pedro fue asimilando poco a poco los momentos que pasó con el Maestro. Y ese es el otro misterio escondido.

A ti te daré las llaves

A diferencia de las otras religiones, la cristiana es una religión de relación. ¿Qué dios ha preguntado jamás al hombre sobre su propia identidad? ¿Qué dios se ha esforzado jamás en demostrar su propia identidad sin ambigüedades ni misterios indescifrables? ¿Qué dios ha revelado que su esencia es también relación? Es Padre porque tiene un Hijo. Es un Dios que tutea y quiere que lo tuteemos (mira cómo rezas el Padre nuestro). ¿Qué diferencia con las otras religiones! Mientras que las otras se esfuerzan por mostrar un dios esotérico, oculto, enigmático, pura energía o pura fuerza, un todo-uno impersonal, el Hijo de Dios nos reveló o nos mostró un Dios Padre y misericordioso, un Dios que dialoga con el hombre y es capaz también, en cierto modo, de auto-definirse en relación al otro: «Yo soy el Dios de Abraham». Pedro lo entendió. No solo es su Señor, también es su Salvador. Por eso, Pedro tiene las llaves para que entremos nosotros también en esa relación personal e íntima con el Señor. Y tú, ¿así es como vas construyendo tu relación con el Maestro?